

LA GENEALOGÍA DEL MATERIALISMO DE LA INMANENCIA EN ANTONIO NEGRI

THE GENEALOGY OF IMMANENT MATERIALISM IN ANTONIO NEGRI'S THOUGHT

Antonio GÓMEZ VILLAR*

Universitat de Barcelona

Raimundo VIEJO VIÑAS**

Universitat de Barcelona

RESUMEN: Este artículo se propone rastrear genealógicamente el materialismo de la inmanencia que signa el pensamiento de Antonio Negri. Los inicios de tal operación filosófica, aunque entroncan con la evolución de los cinco *Libros de la Autonomía obrera*, se pueden situar a finales de los años '70, cuando Negri escribe *La anomalía salvaje*, dando lugar a una “vuelta a Spinoza”. Su objetivo fue el de volver a hallar un asidero ontológico, materialista; una operación filosófica que marcará su obra posterior. Si su temprana formación jurídica había estado acompañada de una subjetividad trascendental y de una dialéctica –hegeliana y marxiana–, a partir de finales de los '70 su pensamiento se orienta hacia un materialismo constituyente de las multitudes signado por la presencia de Maquiavelo, Spinoza y Marx.

PALABRAS CLAVE: Antonio Negri, materialismo, Spinoza, operaismo, Marx

* Profesor Lector en la Universitat de Barcelona: antonio.gomez.villar@ub.edu. <http://orcid.org/0000-0002-6433-4945>

** Profesor Asociado en la Universitat de Barcelona: raimundo.viejo@ub.edu

ABSTRACT: This article traces, genealogically, the materialism of the immanence that characterises the thinking of Antonio Negri. Although connected to the evolution of the five *Books on Working Class Autonomy*, the origins of this philosophical operation can be situated in the late 1970s when Negri wrote *The Savage Anomaly*, giving rise to a 'return to Spinoza'. His goal was to rediscover an ontological, materialist handle; a philosophical operation that would mark his subsequent work. While Negri's early legal training had been accompanied by a transcendental subjectivity and a Hegelian and Marxist dialectic, from the late 1970s his thinking turned to a constituent materialism of the multitude marked by the presence of Machiavelli, Spinoza and Marx.

KEY WORDS: Antonio Negri, materialism, Spinoza, operaism, Marx.

1. Introducción

A lo largo del rastreo genealógico que proponemos, presentamos una suerte de introspección filosófica en el pensamiento de Negri, a fin de desvelar cómo a partir de la singular, y siempre novedosa, lectura que propone de diferentes filósofos, es posible trazar una línea de continuidad en su propuesta filosófica: un materialismo de la inmanencia que está a la base de los diferentes conceptos que va introduciendo en sus obras. Para tal fin, hemos articulado la genealogía que aquí presentamos en tres momentos que consideramos fundamentales, tres quiebres decisivos:

En primer lugar, su crítica del derecho y la teoría constitucional, clave para entender buena parte de la obra de Negri. Entre las principales líneas por las que discurre la obra de Negri sobre la Teoría de Estado, tres destacarían en consonancia con los propios desarrollos históricos que a cada momento fueron teniendo lugar. En un primer momento, se acomete la crítica del trabajo en la Constitución de posguerra. Más adelante, en un segundo momento inscrito en el contexto ya del "largo 68 italiano", Negri debate la polémica relación entre el marxismo y la teoría del Estado explorando los límites de la hipótesis leninista. Y, por último, una fuerte crítica del mecanicismo estalinista y las distintas tesis sobre el "capitalismo monopolista de Estado".

En segundo lugar, hemos señalado un tránsito al plano revolucionario de la inmanencia que resitúa el pensamiento en la singularidad del ser; y cómo la figura que mejor captura la plenitud de esta ruptura fundacional de la modernidad es Maquiavelo. Sin embargo, será Spinoza quien ofrezca a Negri una genealogía

materialista distinta desde Maquiavelo como punto de partida común a las teorías políticas modernas. El spinoziano materialismo de la inmanencia es donde el florentino se puede proyectar con todas sus consecuencias, declinándose desde *Il Principe* en el republicanismo autónomo de los *Discorsi*.

Por último, nos parecía decisivo el encuentro de Negri con el post-estructuralismo francés. A pesar de que las contingencias biográficas, marcadas por la fuerte represión sobre muchos de los miembros del *operismo* italiano, están claramente a la base del encuentro entre ambas corrientes de pensamiento, consideramos que el encuentro no ha sido una mera casualidad motivada por acontecimientos políticos o biográficos. Antes bien, lo que abre la verdadera posibilidad de encuentro entre Negri y el post-estructuralismo francés son los lazos teóricos profundos que preexistían a la contingencia del encuentro. En este sentido, el cruce es tanto un proyecto para reunir ambos pensamientos, como un proceso de revelamiento de resonancias. Es desde esta perspectiva que hemos propuesto analizar la relación simbiótica entre la experiencia italiana y francesa.

2. La crítica del Derecho Constitucional y la Teoría del Estado

La Teoría de Estado es clave para entender buena parte de la obra de Negri. Desde el punto de vista de las disciplinas académicas, se situaba entre la Filosofía del Derecho, la Teoría Política y el Derecho Constitucional. Ubicado en ese cruce de caminos, el joven Negri se pudo hacer con un gran dominio del formalismo jurídico (Negri, 2003); pero, sobre todo, con los fundamentos necesarios para proceder a una dura crítica del mismo. Partiría para ello de fuentes como los escritos de filosofía del derecho de Hegel –del que fue incluso traductor– o del estudio de las obras de Descartes (Negri, 2008), Kant y otros autores clásicos.

Entre las principales líneas por las que discurre la obra de Negri sobre la Teoría de Estado, tres destacarían en consonancia con los propios desarrollos históricos que a cada momento fueron teniendo lugar. En un primer momento, se acomete la crítica del trabajo en la Constitución de posguerra (Negri, 1994). Frente a las lecturas conciliadoras o pactistas del “movimiento obrero oficial”, que veían en el consenso de posguerra grandes logros para la clase obrera a través de la forma-Estado, la lectura negriana, pronto reforzada por el desarrollo de los ciclos de luchas fabriles, cuestionaría el modelo de concertación articulado

por la tríada de postguerra, a saber: fordismo en la producción, taylorismo en la organización y keynesianismo en la planificación. El objetivo teórico y práctico, por tanto, era inequívoco y entroncaba con la problemática marxiana de la subsunción (formal y real). En otras palabras, se trataba de operar, desde el interior del derecho público europeo y en un análisis fundado en la interpretación de textos e instituciones, una crítica interna a la incorporación del trabajo en la Constitución que sirviese para llevar a cabo el análisis de la tendencia requerida por la praxis revolucionaria expresada en aquel entonces por el desbordamiento del contencioso obrero en las fábricas.

Lejos de toda relectura historicista, proclive a fijar el sentido de los acontecimientos en el bloqueo de las contradicciones que surgían en las democracias occidentales, se procedía a examinar, con todas sus implicaciones políticas, la rearticulación del modo de producción de posguerra como respuesta al reto proletario de 1917 y la crisis capitalista de 1929. A tal fin, se proponía desenmascarar la mistificación sobre la que se había construido la estrategia del “movimiento obrero oficial” durante los Treinta Gloriosos al hacer suya la reivindicación del *Estado social*.

La crítica de la forma-Estado en su declinación de posguerra apuntaba así a cuestiones como el pluralismo liberal del “Estado de partidos” [*Parteienstaat*], la rearticulación del poder de mando por medio de la planificación keynesiana o la institucionalización del sindicalismo por medio del corporativismo. Y desde esta heurística se venía a fundamentar, en rigor, el programa de investigación de una politología inscrita en el plano antagonista, capaz de diagnosticar el propio tiempo e identificar puntos de fuga desde los que intervenir.

Más adelante, en un segundo momento inscrito en el contexto ya del “largo 68 italiano”, Negri debate la polémica relación entre el marxismo y la teoría del Estado explorando los límites de la hipótesis leninista (Negri, 2006). Contrapone su visión a figuras destacadas del reformismo (Bobbio, Miliband, etc.) a la par que establece un diálogo con distintos autores de filiación marxista (Pašukanis, Poulantzas, Offe, Krahl, etc.) que han situado el Estado –en su declinación histórico-concreta europea– en el centro de sus reflexiones (Negri, 1982).

Y, por último, una fuerte crítica del mecanicismo estalinista y las distintas tesis sobre el “capitalismo monopolista de Estado” (*Stamokap*). Y lo hace reivindicando la matriz leninista desde la discontinuidad entre Lenin y Stalin.

Esta discontinuidad no sólo le permitiría operar sobre el leninismo el movimiento heurístico negativo que descartaría el *togliattismo* del PCI o los distintos sectarismos de las organizaciones de vanguardia marxistas-leninistas. A un mismo tiempo, permitía trazar una singular continuidad genealógica por medio del recurso a nombres tan dispares como Mao, Pašukanis, Lukács o Batjin. Sería bajo esta óptica donde se apostaría por la relectura de *El Estado y la Revolución* de Lenin, así como por la resignificación de una noción clave: la “dictadura del proletariado”, libre del lastre del contexto soviético y en la lectura actualizada de las condiciones histórico-concretas que se daban en la Italia del momento.

En este orden de cosas, para el contexto del “largo 68 italiano”, el problema del Estado se vertebraba en cuatro claves: en primer lugar, un método para el análisis de las instituciones existentes. O lo que es lo mismo, la diagnosis de los régímenes democráticos instaurados en Europa tras la II Guerra Mundial: “el primer cometido de la teoría comunista de Estado consiste en rastrear la concepción presente de la democracia” (Negri, 2003b: 387). A lo largo de las distintas obras de este periodo son recurrentes las críticas a la democracia representativa, así como impugnada la legitimidad de sus actores.

En segundo lugar, de acuerdo a las propias premisas *operaistas*, la cuestión sería definir el proceso material de la tendencia y la composición de clase que le correspondía. En palabras del autor: “la definición de la tendencia de los antagonismos reales que el terreno de la lucha de clases pone de manifiesto” (Negri, 2003b: 388). Es desde esta centralidad del antagonismo donde desvela que la democracia ha sido “disuelta a causa del desarrollo capitalista” y que “de no ser por las luchas obreras, por el contrapoder ejercido cotidianamente por las masas, no habría ni quedaría libertad” (Negri, 2003b: 390).

En tercer lugar, las dos claves previas permiten anticipar el desarrollo del Estado y, desde éste mismo, poner en marcha un giro radical en la praxis derivado de imputar la tendencia al sujeto revolucionario. Por eso, una vez identificado dicho sujeto –y siempre en consonancia con el enfoque autónomo–, le es asignado el papel protagónico de máxima tensión contra el Estado. Este proceso no se opera, sin embargo, desde un exterior al propio proceso revolucionario:

“Quienes hablan desde fuera mienten. Y ello debido a que “el «cómo» y el «quién» del proceso revolucionario son lo mismo. No hay sujeto revolucionario que no someta a sí mismo las modalidades y el contenido del proyecto revolucionario, la prefiguración –cuando sea posible– lo es tan sólo

en tanto que expresión de una composición de clase dada en las luchas” (Negri, 2003b: 391).

Por último, la conflictiva diáada conceptual “composición política de clase” *versus* “transición comunista” que se encuentra en la base de los debates de la época deviene obsoleta por la propia afirmación autónoma del sujeto revolucionario. En otras palabras: esta cuestión “no se ventila entre la democracia sin el socialismo, el socialismo sin la democracia: se dice sencillamente comunismo” (Negri, 2003b: 395). El verdadero comienzo de la “transición” adquiere sentido únicamente en los márgenes epistémicos de una teoría-praxis de la destrucción del Estado en vistas a instaurar el comunismo. De ahí que “el único análisis de la transición ha de considerarse posible dentro del análisis de las instituciones del contrapoder obrero construido en las luchas” (Negri, 2003b: 396).

En definitiva, por medio de la reapropiación de la matriz leninista, la problemática coetánea entre el marxismo y la teoría del Estado se venía a resolver de manera consistente y coherente con las premisas *operaistas* que identificaban en las luchas obreras la variable independiente que explicaba el desarrollo del capital; y operaban en el abandono de la dialéctica en pro de la inmanencia del antagonismo el sustento ontológico necesario a la conformación de la autonomía y la destrucción del Estado.

En un tercer momento tendrá lugar un desplazamiento en la teorización negriana que busca reordenar los conceptos por medio de un sustancial reajuste heurístico. Se deja atrás el proceloso terreno de pugna entre el marxismo y la teoría del Estado para recomponerse, más allá de la forma-Estado, en el estudio de un poder de mando global al que se denominará ‘Imperio’ (Hardt, Negri, 2000). La hipótesis leninista de los ‘60 cede terreno en pro de una reflexión sobre el poder en la que ya se deja sentir el efecto de la simbiosis intelectual del *operaismo* con el postestructuralismo francés (Hardt, Virno, 1996).

En este reajuste heurístico, la noción de ‘poder constituyente’ adquiere centralidad como clave conceptual para reformular una teoría política de la emancipación. En los términos de su extensión fenomenológica, el poder constituyente viene a contraponerse y desbordar a su rival conceptual en el curso histórico de las ideas: el poder soberano. Ello permite traducir al terreno de la política el trabajo previo realizado –de manera fundamental, aunque no exclusiva– sobre la ontología de Spinoza. Este desplazamiento empieza a madurar a inicios de

los años '90 con *El poder constituyente*, hasta culminar en la trilogía *Imperio*, *Multitud* y *Commonwealth*.

Si la hipótesis de esta mutación imperial adquiere sentido para Negri, ello es porque, en última instancia –tal y como le discute Giorgio Agamben en su obra *Homo sacer*–, la fenomenología del poder constituyente nunca es reductible a la del poder soberano, sino que siempre es la de su propio desbordamiento. El poder constituyente será, en efecto, el concepto de una crisis recurrente para el poder soberano (Negri, 2007). Allí donde éste intente siempre las prácticas de sujeción y dominación, surgirá la necesidad objetiva de un éxodo que reabra el campo político al antagonismo, desbordando por consiguiente cualquier dispositivo del biopoder nacido con la modernidad (Negri, 2015).

Para Negri “hablar de poder constituyente es hablar de democracia” y ésta, ahora sí, recuperada como un concepto útil a la teoría política, es siempre teoría del gobierno absoluto (Spinoza) allí donde el constitucionalismo es teoría del gobierno limitado (y, por ende, práctica siempre de la limitación de la democracia). La ciencia jurídica tiene por cometido controlar el poder constituyente y someterlo, reducirlo y ordenarlo hasta hacer posible su absorción en la representación política.

En este sentido, Negri confronta la “contrarrevolución” de los '80, marcada por el giro neoliberal de Thatcher y Reagan, y las teorizaciones de la nueva era posmoderna que van desde John Rawls a Richard Rorty, pasando por Charles Taylor y otros. Antes que avanzar un modelo propositivo, se mantiene metodológicamente fiel a Marx: “qué se puede aprender de ellos de la forma-Estado del capitalismo contemporáneo, sus despliegues de poder, sus mecanismos de explotación y su producción de antagonismos sociales” (Negri, 1994: 218).

3. El plano revolucionario de la inmanencia

El estudio de conceptos como ‘poder constituyente’, ‘Imperio’, ‘multitud’ y otros que integran el aparato teórico de las últimas décadas han permitido al pensador de Padua trazar su particular genealogía de la modernidad. En ella se identifica el recorrido seguido por el “hilo rojo de la historia” interviniendo críticamente sobre el canon de la Teoría Política. Desde un punto de vista metodológico, se procede a poner en conexión los distintos momentos de la

escisión constituyente y las teorizaciones con las que a lo largo del tiempo se vino articulando el progreso del antagonismo. Esta operación filosófica le permitirá recomponer su propio pensamiento de los años '60 y '70. Sin ella, de hecho, no se entendería cómo pasan a un primer plano la "anomalía salvaje" de Spinoza y su ontología; cómo Hegel y la dialéctica acaban relegados en la lectura de Marx; o cómo, en fin, son reinterpretadas en clave antagonista figuras centrales de la teoría política como Maquiavelo o Hobbes (Hardt, Negri, 2000).

En el recorrido genealógico en que se recompone la teoría de Negri desde los años '80, el punto de partida se fija en Europa entre los siglos XIII y XVII (Hardt, Negri, 2000). En ese momento y lugar, tras siglos de conciencia dualista, se acaba produciendo el arranque revolucionario de la modernidad. El fin del mundo medieval se hace irreversible. Entre las disputas teológicas, las guerras de religión y la imprenta, nombres como Duns Escoto, Nicolás de Cusa, Pico della Mirandola o Charles de Bovelles llevan a cabo una ruptura que desplaza el conocimiento del plano trascendente al inmanente. Gracias a este desplazamiento, el conocer dejaba de ser un modo contemplativo para convertirse en una práctica reflexiva capaz de cambiar el mundo.

El tránsito al plano revolucionario de la inmanencia resitúa el pensamiento en la singularidad del ser. No hay desdoblamientos posibles. Atrás queda el universo conceptual de las ciudades terrenal y celeste de Agustín de Hipona, las dos espadas de Gelasio y, en su conjunto, todo el aparato conceptual diádico del medievo. Por delante, la humanidad se encuentra con la tarea de hacer suya la política allí donde la trascendencia se la había sustraído. En este sentido, la secularización del poder político –tan a menudo identificada como el principal rasgo de la irrupción de la modernidad– no es más (ni menos) que una derivada en el despliegue del plano revolucionario de la inmanencia. Este es el punto de partida imprescindible para repensar toda la política posterior.

La figura que mejor captura la plenitud de esta ruptura fundacional de la modernidad es Maquiavelo (Negri, 2015). Su obra no sólo marca el paso definitivo a la teoría política moderna, señala a un tiempo su propio alcance. Y lo hace por medio de su propia teoría de la agencia. En efecto, *fortuna* y *virtù* se componen en la obra del florentino como dispositivos de producción de subjetividad que informan el poder soberano. El principio maquiaveliano está obligado a valerse por su propia capacidad política, sin ayuda providencial alguna, ni inspiración trascendente; midiendo su *virtù* únicamente por sus logros

efectivos ante las contingencias de la fortuna. A la par que produce el mundo en términos políticos, la *virtù* desvela su propio límite.

La modernidad nos aboca a la tragedia del principio: no hay manera de resolver lo político; la trascendencia ya no está operativa y en su lugar solo hay un horizonte inconcluso en el que se despliega el antagonismo. Aún más, Negri lee la compleja relación entre *Il Príncipe* y los *Discorsi* como una idea fuerza para teorizar el antagonismo y su praxis: mientras que en el primero se descubre la condición absoluta de lo político, en la segunda se identifica la república como la institucionalidad en la que la democracia puede realizar el gobierno absoluto. Con todo, si bien Maquiavelo inaugura el planteamiento de la moderna tragedia de lo político, será Spinoza a quien cabe el mérito de llegar a hacer coincidir por completo los horizontes de la inmanencia (Negri, 1993).

En efecto, desde *La anomalía salvaje*, Negri hace de Spinoza el sustento ontológico de su pensamiento, a él debe su materialismo inmanente y de él extrae nociones claves para poder reformular su planteamiento heurístico tras la crisis de los '70. Ya sea la *democracia* como gobierno absoluto, el *imperio* como mutación y transferencia de la soberanía a una escala global, o la *multitud* como nueva figura de clase, productiva y portadora del cuerpo social del desbordamiento democrático, Spinoza ofrece una genealogía materialista distinta desde Maquiavelo como punto de partida común a las teorías políticas modernas. El spinoziano materialismo de la inmanencia es donde el florentino se puede proyectar con todas sus consecuencias, declinándose desde *Il Príncipe* en el republicanismo autónomo de los *Discorsi*.

La aportación de Spinoza a la obra de Negri es a buen seguro la más decisiva tras el cierre trágico del “largo 68 italiano”. Trabajar la obra del herético pulidor de lentes servirá a un tiempo para reformular la matriz del materialismo histórico –libre, ahora sí, del dispositivo dialéctico hegeliano de la trascendencia intrínseco en la *Aufhebung*– y para enunciar una heurística positiva desde la que trazar una genealogía alternativa de la teoría política.

En este recorrido por la historia antagonista de las ideas asistimos a la confrontación de la declinación absolutista que va del Maquiavelo de *Il Príncipe* a Hobbes con la alternativa republicana que, desde el Maquiavelo de los *Discorsi*, se traza hasta Harrington (Negri, 2015). A los ojos de Negri –que lee a este último en un diálogo crítico con Pocock y la escuela de Cambridge– el pensador republicano se presenta como un antecedente teórico fundamental en su

genealogía materialista. Harrington es interpretado como pensador materialista que adelanta el encuentro de la teoría de Estado con la lucha de clases. El gobierno o constitución formal es una superestructura basada en la estructura subyacente de intereses socioeconómicos o constitución material de la sociedad. La “razón de estado” ha de mediar entre ambas por medio de una institucionalidad virtuosa en el sentido maquiaveliano, esto es, que asegure y reproduzca –de manera expansiva y participativa– las bases materiales sobre las que se sustenta. Soluciones institucionales como las elecciones y la rotación, ideadas por Harrington para su utopía, *The Commonwealth of Oceana*, se constituyen así como parte de un régimen de libertad fundado en las bases materiales en contraposición al origen trascendente de la ley defendido por Hobbes.

En términos metodológicos, el trabajo teórico que Negri opera sobre los clásicos se disocia por completo de las interpretaciones textualistas del canon y va más allá del contextualismo de la sobredeterminación propio del estructuralismo althusseriano para adentrarse en una suerte de práctica teórica intencionalista inscrita subjetivamente en el despliegue histórico del antagonismo (Negri, 2004c). No resulta por ello mismo difícil recorrer una cartografía teórica, interpretando y proyectando la tendencia más allá de todo análisis exegético, en una praxis cognitiva que siempre busca situar la perspectiva en ese futuro anterior. Nada más lejos, pues, que la voluntad erudita de la formalización de un conocimiento positivo de la historia de las ideas. Antes bien, una voluntad inequívoca de indagar en el tiempo por medio de la arqueología de los saberes de la revolución. Por eso, tras la convulsa Florencia de los Médici (Maquiavelo), la Holanda de Jan de Witt (Spinoza) o la Inglaterra de Cromwell (Harrington), las grandes revoluciones en Estados Unidos (Hamilton, Jefferson, Madison...), Francia (Sieyès, Constant...) o Rusia (Lenin, Trotsky...), aportan los laboratorios de práctica teórica para el antagonismo (Negri, 2015).

En efecto, tras desaparecer bajo la configuración del constitucionalismo liberal en la declinación que lleva de Hobbes a Locke, el viejo topo republicano vuelve a salir a la superficie con el ascenso de la ola revolucionaria estadounidense. Los Padres Fundadores, inscritos en la concreción histórica de la liberación del absolutismo británico, dejaron de lado el legado del trascendentalismo hobbesiano para proclamar una ciencia política nueva llamada a entroncar con el republicanismo clásico, pero, a la par, aspirando a proyectarse más allá de éste en la práctica teórica de la instauración de la primera democracia moderna. Un régimen de poder que no podría funcionar sin constituir al poder como un entramado de contrapoderes mutuos que permitirían el ejercicio de la soberanía

sin renunciar a la unidad, pero siempre de forma abierta y retroalimentada con la potencia productiva de la multitud.

No de otro modo adquiere sentido para Negri el debate de *The Federalist*: una disputa en torno a las modalidades de articulación (más o menos centralizada y más o menos interdependiente entre los poderes y contrapoderes) de una república gobernada por cargos electivos temporales sometidos al control y eventual impugnación de la gente (Negri, 2015). En el origen de los Estados Unidos la constitución del poder soberano pasa a inscribirse en el plano de inmanencia. Pero no sin un precio a pagar: el imperativo de la expansión consustancial a la imposición trascendental del cierre constitutivo. Dicho con otras palabras, al descubrir los límites que el plano de trascendencia impone al poder soberano requiriendo el completo control institucional, social, territorial, etc., el proceso revolucionario norteamericano optó por resolver las contradicciones inherentes al ejercicio de la soberanía por medio de una expansión instanciada por una apertura permanente. De esta suerte, a la par que se instituye un régimen democrático, éste queda abocado a su expansión y a su condición de mutación futura en una modalidad de mando global que no será otra que la soberanía imperial. Ello no obvia, va de suyo y así lo hace constar Negri junto a Michael Hardt (2000), que el cierre imperial (el imperialismo de Estados Unidos en tanto que Estado nacional) se vaya imponiendo en sucesivas modalidades a lo largo del tiempo. Sin embargo, tampoco es menos cierto que el desbordamiento de las subjetividades antagonistas decoloniales forzará una y otra vez nuevas reaperturas sobre las que también progresará el imperio.

En paralelo a las revoluciones del mundo anglosajón, el republicanismo continental europeo iba a encontrar en Francia su laboratorio privilegiado, si bien marcado por la obra intelectual del racionalismo cartesiano y la Ilustración. En efecto, la comprensión secularizada del Estado moderno de la contribución maquiaveliana no alcanza a desplegarse en el plano revolucionario de la de inmanencia. La teorización de la soberanía por Jean Bodin, prolongada en la voluntad general de Rousseau, se apartan de los ulteriores desarrollos revolucionarios, pero prefiguran su límite, toda vez que la soberanía propiamente dicha es pensada en el plano de la trascendencia únicamente como gobierno de uno: el monarca (Negri, 2003b). A diferencia de la pluralidad de poderes y contrapoderes de la revolución norteamericana, aquí nos encontramos con el imperativo de una única figura política impuesta por el plano de trascendencia desde el supuesto de que no es posible un soberano que esté sujeto al dominio de terceros.

No sería antes de finales del siglo XVIII en la emergencia y despliegue del contexto revolucionario cuando la soberanía del Estado moderno acabe de aflorar en su forma acabada: la Nación. El autor de referencia para Negri en este caso será Emmanuel-Joseph Sieyès. En su idea de nación incorporaba el cuerpo patrimonial del Estado monárquico y le inventaba una nueva forma legal impersonal bajo la que podía desplegarse el dominio de la burguesía y su constitución material. Y si bien la idea de Nación aparecería en origen ligada al tercer Estado, esto es, al cuerpo social popular irreductible al monarca que Maquiavelo había identificado en el principio, no es menos cierto que la soberanía nacional, de acuerdo con la interpretación de Negri, tendía a consolidar el poder soberano sobre la base de ocultar la identidad nacional (y, por ende, popular) bajo un origen prístino y naturalizado como autoevidencia.

Negri parte de la premisa que entiende que el “pueblo” no es anterior a la formación del Estado nación, esto es, del Estado en el que la soberanía adopta el modo de legitimación nacional. Al contrario, es el Estado-nación el que crea el pueblo a su imagen y semejanza partiendo de una tarea clave: ordenar y controlar la multitud bajo el ejercicio un poder de mando. El pueblo hace posible la *reductio ad unum* sin la que el soberano moderno –monárquico en la variante francesa de Bodin y Rousseau– no puede entenderse ni operar.

Por último, con la ola revolucionaria de 1917, Negri acomete un triple reto teórico: en primer lugar, inscribir la obra de Marx en un materialismo histórico que se libere del dispositivo hegeliano de la trascendencia y se remita al plano de la inmanencia en una genealogía que remonta sus antecedentes en Maquiavelo y Spinoza (Negri, 1982). Nos referimos aquí a un Marx que va más allá de sí mismo y se hace pensamiento vivo en el despliegue del antagonismo del que su obra es futuro anterior. Si con Maquiavelo la política bajaba al terreno mundanal para ser secularizada y con Spinoza se inscribía en una ontología de la inmanencia que adoptaba la democracia como horizonte del gobierno absoluto, con Marx el materialismo deviene pensamiento revolucionario; una teorización capaz de encontrar en el análisis científico de la constitución material una interpretación del poder constituyente como síntesis de la libertad y la necesidad.

En segundo lugar, el Marx negriano encuentra la ola revolucionaria de 1917 en la figura de Lenin, claro está, pero también en su generación protagonista (Luxemburg, Trotsky, etc.) y en sus experiencias histórico-concretas. La soviética, de hecho, será la primera que encare el acontecimiento revolucionario sin poder esquivar la constitución de la potencia en relación a la crítica del

capital y el objetivo estratégico de liberar el trabajo vivo. Para Negri, el punto de partida de Lenin es claro y sin duda marca una relectura original respecto a los desarrollos del marxismo que venían desenvolviéndose, ya de antes, en la socialdemocracia oficial, tras estela del revisionismo de Bernstein (Negri, 2006). La obra de Negri puede ser recorrida en este sentido como límite de la hipótesis leninista a la espera de su propia declinación en un nuevo contexto geohistórico que llega a Italia en los años '60 de la mano del nuevo ciclo de luchas ligado al desarrollo fordista de posguerra.

En tercer lugar, desde el inicio del ciclo de luchas de los '60 hasta finales de los '70, Negri se lanzará a su propia experiencia insurreccional desde el área de la autonomía obrera. La experiencia de la ola revolucionaria de 1917 resurge ahora a la luz de este contexto como oportunidad histórica en 1969 cuando el *Autunno Caldo* señale, de acuerdo al análisis de la tendencia, el punto de partida de una fase ofensiva en ciclo de luchas obreras. En obras como *La fábrica de la estrategia* o *Los libros de la Autonomía*, la hipótesis leninista es recuperada, reinscrita en el ciclo histórico y llevada hasta el límite. De su resultado trágico serán extraídas las consecuencias teóricas que hemos venido trazando en este epígrafe y las que siguen a continuación.

4. La biopolítica y la producción de subjetividad

A partir de 1977, los pensadores de la autonomía italiana entran en contacto, a través de figuras como Foucault, Deleuze y Guattari, con el postestructuralismo francés. El exilio que emprendieron muchos de sus miembros a finales de los años setenta a París es sin duda un hecho biográfico fundamental que posibilita el contacto entre ambas corrientes. A pesar de que las contingencias biográficas, marcadas por la fuerte represión sobre muchos de los miembros del *operaismo* italiano, están claramente a la base del encuentro entre ambas corrientes de pensamiento, consideraremos que el encuentro no ha sido una mera casualidad motivada por acontecimientos políticos o biográficos. Antes bien, lo que abre la verdadera posibilidad de encuentro entre ambas corrientes son los lazos teóricos profundos que preexistían a la contingencia del encuentro. En este sentido, el cruce entre el *operaismo* italiano y el post-estructuralismo francés es tanto un proyecto para reunir ambos pensamientos, como un proceso de revelamiento de resonancias. Desde esta

perspectiva, podríamos hablar de una relación simbiótica entre la experiencia italiana y francesa.

Ya antes del encuentro entre ambas corrientes, el *operaismo* había roto con la idea de una totalidad cerrada, portadora de una lógica rectora, e inscribió sus análisis en la heterogeneidad constitutiva de lo social. Este planteamiento es, justamente, el punto de partida de los análisis biopolíticos, la heterogeneidad de lo social: “las temáticas del deseo, la obra de Deleuze y Guattari, y la genealogía foucaultiana del poder y de la subjetividad, se revelan como el contexto filosófico más adecuado para encajar la reflexión *post-operaista* sobre la producción de subjetividad y la transformación de los régimenes de trabajo” (Bifo, 2013: 75). La misma idea de capitalismo cognitivo, por ejemplo, propuesta por el grupo de pensadores ligados a Negri y a la revista francesa *Multitudes* a partir de los años ‘90, son herederas de la idea que atraviesa toda la obra de Deleuze y Guattari sobre sus análisis de la subjetividad en el capitalismo contemporáneo.

El encuentro de la corriente *operaista* con la lectura marxiana en clave post-estructuralista tuvo como resultado la transformación del pensamiento de Negri en, lo que podríamos llamar, un *pensamiento comunista de la diferencia*. En relación a ello, Negri (1993) sostiene que ni él ni Guattari abandonaron nunca el marxismo, porque no creían en una filosofía política que no estuviese centrada en el análisis del capitalismo como sistema inmanente que no cesa de repeler sus propios límites y que se los vuelve a encontrar en una escala ampliada, porque el límite siempre es el propio capital.

Otro aspecto importante que nos permite alumbrar el encuentro entre Negri y el post-estructuralismo francés es su oposición general al pensamiento hegeliano. La oposición al pensamiento hegeliano está a la base del rechazo de ambas corrientes a un fundamento trascendental, planteando, por el contrario, un fundamento inmanente; así como un rechazo a un fundamento teleológico determinado, alumbrando, en cambio, un fundamento material y abierto. Frente a Hegel, desarrollan una concepción no dialéctica de la negación.

En este sentido, la liquidación de toda concepción trascendental, la crítica de la causalidad determinista y la desmitificación de la teleología histórica que opera Negri, abre un espacio de problematización que lo acerca al post-estructuralismo. En efecto, el problema consiste en cómo restaurar la subjetividad, cómo colocarla en un plano de inmanencia, sin fines externos a sí misma, y

reinterpretar la dimensión biopolítica como terreno de los dispositivos constituidos, o sea, el campo de inmanencia como campo biopolítico.

Negri es, sin duda, uno de los autores *operaistas* que más se dejó afectar por el encuentro con los teóricos post-estructuralistas. Cuando se exilia a Francia, comienza a trabajar y ejercer como docente en el *Collège International de Philosophie* de la Universidad París VIII (Sant Denis), donde entra en contacto con Foucault, Deleuze y Guattari. Ya desde los años setenta Negri venía enfrentándose con el corpus teórico tradicional de los intelectuales del PCI.

De entre los pensadores post-estructuralistas franceses, Negri encuentra en Deleuze y Guattari sus interlocutores privilegiado: “no hay duda de que Deleuze y Guattari constituyen un referente decisivo en mi *passe-partout* de posmodernidad” (Cesarino, Negri, 2011: 147). Por un lado, Negri intenta ir más allá de Marx; y, por otro, recoge la aportación deleuziana, traduciendo las implicaciones políticas de este planteamiento. El encuentro de Negri con Deleuze está mediado por Spinoza. La relación teórica de Negri con Deleuze comienza precisamente con la obra de este último sobre Spinoza, dado que el filósofo italiano no había leído ninguna de sus obras anteriores. En Negri, el paso de Hegel a Spinoza, la afirmación de la diferencia, supone el paso del sujeto antagónico al sujeto constituyente; del sujeto que se reapropia al sujeto que despliega su potencia. El esfuerzo de Negri se ha concentrado en conciliar el materialismo histórico, es decir, una determinada lectura no dialéctica de Marx con el pensamiento de la multiplicidad y la diferencia.

Lo que más le sorprendió de Deleuze fue su capacidad para dar conceptualmente forma a ese conjunto de potencias. Dicho en otros términos: le sorprendió su capacidad para deshacer el horizonte estructural. En *Imperio*, Hardt y Negri reconocen explícitamente su deuda con la obra de Deleuze y Guattari *Mil Mesetas*. El trabajo de los filósofos franceses se le presenta a Negri y Hardt como desmitificador del estructuralismo y de todas las concepciones filosóficas, sociológicas y políticas que hacen de la fijación del marco epistemológico un punto de referencia ineludible.

En lo que a la relación de Negri con Foucault se refiere, podemos afirmar que estuvo marcada por cierta ambivalencia. De un lado, Negri defendió la metodología foucaultiana como esencial para la desmitificación de las instituciones jurídico-políticas de la modernidad y para el análisis de la fenomenología del poder; pero, por otro, llegó a la conclusión de que en Foucault, en el final de

su arqueología, no pudo aparecer un efectivo proceso de poder (Negri, 1982). Desde la perspectiva negriana, la principal limitación del proyecto foucaultiano radica en que el proyecto arqueológico siempre fue movido desde arriba hacia abajo, mientras que la preocupación de Negri es pensar la oposición desde el movimiento de abajo. Escribe Negri: “escuché sus conferencias un par de veces en el *Collège de France*, y sus argumentos eran casi los de un historiador. Foucault siempre me dejaba profundamente insatisfecho” (Casarino, Negri, 2011: 152). Negri entiende que Foucault era perfectamente consciente de estas limitaciones. Y de ahí el giro que toman las investigaciones del filósofo francés a mediados de los años ‘70, según Negri. Será en la obra de Deleuze *Diferencia y Repetición*, sostiene Negri, donde por primera vez se confrontan y resuelven los problemas que dificultaban el proyecto de Foucault. Este último reconoció que Deleuze había encontrado las soluciones conceptuales que él mismo había estado buscando.

La misma definición de biopolítica que Negri halló en Foucault no se encuentra, en última instancia, presente en su obra. Antes bien, serán Deleuze y Guattari quienes ofrecen una comprensión propiamente postestructuralista de la biopolítica, capaz de renovar el materialismo histórico anclándolo en la cuestión de la producción del ser social. La inspiración inicial y el punto de partida de la investigación de Negri sobre la biopolítica fue, pues, la lectura que Deleuze hizo de Foucault.

En Negri, por un lado, hay una potencia que crea, produce, constituye; y, por otro, hay un poder que resta y ciega. Siempre que describe las diversas formas que adopta el poder –la dominación del Estado o el poder de la explotación del capital, etc.– lo hace en términos negativos, privativos, que sustraen. Es decir, partiendo del dualismo spinozista, que está estructurado por una potencia productiva y, por otro, por un poder negativo, en el momento en el que el deseo deja de expandirse. El deseo siempre alcanza un límite, que Negri identifica con el Estado, con el capital, etc.

Si bien Negri reconoce su deuda con *Mil Mesetas*, y en relación al poder entiende que siempre resta potencia a la vida, esta vida no la concibe como algo personal o como un flujo –razón por la cual es en gran medida antibergsoniano–. Su concepción de la vida no es vitalista. La concibe, más bien, como multitud de singularidades, que se juntan o se separan, y, al hacerlo, constituyen, producen juntas el momento de la constitución. Una multitud que se halla continuamente sometida a la sustracción de poder.

Con todo, en el planteamiento de Negri siempre permanecen diferencias importantes y sustanciales que separan sus posiciones de las de los filósofos franceses. En *Marx más allá de Marx*, Negri señalaba las limitaciones de la corriente post-estructuralista que, en última instancia, radicaban en el hecho de no identificar un poder constituyente. En efecto, si para Deleuze el sujeto es siempre un residuo dejado por el deseo, una forma de dominio, para Negri el sujeto es el lugar de la identidad entre la fuerza productiva del ser y su constitución misma. Deleuze y Negri parten de una misma raíz spinoziana, pero adquieren dos enfoques distintos: para Deleuze, la ontología como experimentación liberadora; para Negri, la ontología como fenomenología de la praxis constitutiva del sujeto colectivo, es decir, 'lo social' debe ser pensado como un sujeto constituyente.

5. A modo de conclusión

Podemos concluir, a partir de la genealogía propuesta, que el materialismo de la inmanencia es la operación filosófica fundamental que da sentido a todos los conceptos que van a pareciendo en las distintas obras de Negri. La originalidad de Negri radica, en buena medida, en haber sido capaz de enlazar la ontología sustancialista del monismo spinoziano con el materialismo histórico de Marx. Con esta operación, Negri intenta rescatar al de Tréveris de los límites impuestos por el idealismo trascendente de la dialéctica. Y para ello, entronca a Marx con Spinoza al tiempo que esquiva a Hegel. La novedad filosófica sobre la que pone luz Negri es el hallazgo de una cierta homología entre el materialismo productivo –formulado por Spinoza en un nivel propiamente ontológico– y este mismo materialismo, formulado por Marx no en un nivel ontológico, sino a un nivel histórico. El inmanentismo de la ontología materialista de Spinoza es la respuesta a la visión hegeliana de la historia como el despliegue de las fuerzas trascendentales. Su proyecto propone la elaboración de una genealogía materialista de las potencias constituyentes capaz de comprender las formas subjetivas que se producen en el antagonismo contra los poderes constituidos (Negri, 2004c).

El segundo aspecto relevante de la genealogía que proponemos de la obra de Negri es su marcado carácter de rechazo al pensamiento de la trascendencia. El inmanentismo de la ontología materialista de Spinoza es la respuesta a la visión hegeliana de la historia como el despliegue de las fuerzas trascendentales.

Su proyecto propone la elaboración de una genealogía materialista de las potencias constituyentes capaz de comprender las formas subjetivas que se producen en el antagonismo contra los poderes constituidos: “todo esto se inserta en la gran tradición materialista que va de Maquiavelo a Spinoza y a Marx y que solo nos dice una cosa: el deseo de liberación tiene una lógica ontológica irreductible. La inmanencia es este reino de posibilidades. Un *telos* no clásico sino ilustrado, no renacentista sino barroco, no moderno sino posmoderno” (Negri, 2006: 83).

En este sentido, Negri realiza una lectura del marxismo como pensamiento inscrito en una dialéctica en la que no hay resolución que –a la manera de la *Aufhebung* hegeliana– niegue, subsuma y proyecte más allá; no hay, pues, superación posible de la contradicción entre afirmación y negación, sino el propio desplazamiento inmanente de la historia. Es una lectura del materialismo de Marx como pensamiento sobre la ruptura de los términos que son puestos en relación; como pensamiento de la diferencia respecto de todo pensamiento de la identidad. Cuando la dialéctica es conceptualizada desde el antagonismo –entendido éste como lógica de la escisión–, entonces la dialéctica es, siempre, lucha implícita entre contrarios, afirmación/negación. De entenderse la dialéctica en su forma hegeliana, esto es, como síntesis superadora, entonces ya no se presentaría como enfrentamiento posible, sino como negación de la negación, o sea, como neutralización de la relación antagonista por medio del pensamiento trascendente.

Bibliografía

- BERARDI, F. (Bifo) (2013). *Félix. Narración del encuentro con el pensamiento de Guattari, cartografía visionaria del tiempo que viene*, Fernando Venturi, tr., Buenos Aires: Cactus.
- CASARINO, C., NEGRI, A. (2011). *Elogio de lo común*. Barcelona: Paidós.
- DELEUZE, G. (1994). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, José Vázquez Pérez, tr., Valencia: Pre-Textos.
- HARDT, M., NEGRI, A. (2000). *Imperio*, Alcira Bixio, tr., Barcelona: Debate.
- HARDT, M., VIRNO, P. (eds.) (1996). *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- MEZZADRA, S. (2011). “En la época de lo post”, en MARAZZI, Ch., Berardi, F. (Bifo), Mezzadra, S. (2011). “Balance conceptual del post-operaismo en Italia”, *Espai en Blanc: El impasse de lo político*, núm. 9, pp. 293-297.
- MOLINA CAMPANO, E.M. (2018). *La filosofía política de Toni Negri. Un debate abierto sobre la renovación de la teoría marxista*. Sevilla: Atrapasueños.
- MURPHY, T.S., MUSTAPHA, A.-K. (2005). *The Philosophy of Antonio Negri. Resistance in Practice*. London: Pluto Press.
- NEGRI, A. (1980). *Del obrero-masa al obrero social. Entrevista sobre el obrerismo a cargo de Paolo Pozzi y Roberta Tommasini*, Joaquín Jordá, tr., Barcelona: Anagrama.
- (1982). *Macchina tempo: rompicapi, liberazione, costituzione*. Milán: Feltrinelli.
- (1993). *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en B. Spinoza*, Gerardo de Pablo, tr., Barcelona: Anthropos, pp. 13-22.
- (1993b). “Entrevista de Gilles Deleuze con Toni Negri”, *Magazín Dominical*, núm. 511, pp. 14-18.
- (1994). *Labor of Dionysus. A critique of State-form*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- (2003). *Del retorno. Abecedario biopolítico*, Inés Bértolo, tr., Barcelona: Debate.
- (2003b). *La forma-Estado*, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.
- (2004). *Los libros de la autonomía*, Marta Malo, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.
- (2004b). “El aspecto biopolítico del leninismo”, en *Guías. Cinco lecciones en torno a Imperio*, Rosa Rius, Pere Salvat, tr., Buenos Aires: Paidós.
- (2004c). “Para Althusser: notas sobre la evolución del pensamiento del último Althusser”, en Althusser, L., *Maquiavelo y nosotros*, Beñat Baltza, tr., Madrid: Akal.
- (2006). *Fábricas del sujeto/ontología de la subversión*, Marta Malo, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Akal.
- (2007). “Giorgio Agamben: The discreet taste of the dialectic”, en Calarco, M., DeCaroli, S. (eds.), *Giorgio Agamben: Sovereignty and Life*, pp. 109-125.
- (2008). *Descartes Político*, Marta Malo, tr., Madrid: Akal.
- (2011). *Spinoza y nosotros*, Judith Revel, tr., Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2015). *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas a la modernidad*, Raúl Sánchez Cedillo, tr., Madrid: Traficantes de Sueños.

TRONTI, M. (2001). *Obreros y capital*, Oscar Chávez Hernández, David Gámez Hernández, Carlos Prieto del Campo, tr., Madrid: Akal.

WRIGHT, S. (2017). *Class Composition and Struggle in Italian Autonomist Marxism*. London: Pluto Press.

Recibido: 11/7/2019

Aceptado: 15/12/2019

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

